



CELEBRIDADES CONTEMPORÁNEAS



El Conde de Mun

EX-CAPITAN DE CORACEROS Y CAMPEON DE LA CAUSA

CATÓLICA EN FRANCIA

I



oy vamos à trazar en breves palabras, y nada más que apuntándolo, el bosquejo biográfico de una de las más interesantes, acentuadas y vigorosas individualidades que ha producido en nuestro tiempo la causa monárquica y católica en la nación vecina, y que es actualmente, considerado tan solo como orador, acaso el primero, ó el más completo, de los que exornan el Parlamento francés. En efecto, el conde de Mun, por su vocación decididísima, por sus brillantes dotes, por su vigor, por su energía y por su vehemencia, ha conquistado en los últimos años inmensa

é incontestable nombradía, tanto de orador popular como parlamentario, y el poder y el talento que atesora su espíritu lo reconocen hasta sus más aceros y apasionados adversarios. Al frente de la Derecha monárquica de la Cámara de los Diputados, al lado de elocuente y sabio obispo de Angers, sin bajar un ápice de su talla, y quizá antes bien sobrepasándole por la posesión de las dotes geniales del verdadero orador tribunicio, ocupa dignamente el ex-capitán de caballería un lugar conspicuo en la activa, resuelta é intransigente oposición católica, à la cual ha prestado poderoso y excepcional auxilio con la potencia de su espíritu, el ardimiento de su alma y el temple enérgico é indomable de su carácter. No cabe duda de que este valeroso y entusiasta hombre público ha comunicado más de una vez actividad, movimiento y vigor ofensivo à unas huestes políticas que llegaron à languidecer por falta de jefes que estuvieran à la altura de las circunstancias, y agobiadas en cierto modo por la sólida organización y la prepotencia de sus adversarios triunfantes.

Alberto María Adriano, conde de Mun, descendiente de una antigua familia legitimista, que cuenta varios hombres ilustres entre sus abuelos, va à cumplir dentro de pocos dias 46 años, habiendo nacido el 23 de Febrero de 1841. Particularidad digna de notarse en su genealogía, tratándose de una familia legitimista y de un campeón fervoroso de las ideas católicas, es que el personaje que nos ocupa, tuvo por bisabuelo al célebre materialista Helvetius. Siguiendo las tradiciones de la familia, abrazó la carrera militar, y despues de haber cursado con aprovechamiento en el colegio correspondiente, ingresó en el arma de caballería, sirviendo casi todo el tiempo de su carrera en un regimiento de coraceros, en donde llegó, todavía jóven, al grado de capitán. No era, sin embargo,

su vocación dominante, ni la única meta de sus aspiraciones en la vida la carrera de las armas, pues es sabido que mientras seguía el servicio militar, y sin desatenderlo un punto, porque fuè siempre un oficial pundonoroso, valiente, capaz y entendido, se dedicó con ardor y con ahinco á otros estudios más elevados y que le atraían irresistiblemente.

El estudio de los grandes problemas políticos contemporáneos le interesaba en alto grado y le dominaba de una manera poderosa. Enamorado del viejo ideal de los realistas creyentes de Francia, se propuso rejuvenecerlo y vigorizarlo buscando en la conjunción de las clases aristocráticas con las populares la fuerza y la base para reconstituir un partido católico, popular y democrático que, al restaurar los antiguos organismos sociales, les prestase nueva levadura y les infundiese el espíritu moderno, resolviendo dentro de la caridad y de la armonía cristianas los tremendos problemas que conmueven y desasosiegan hoy á la humanidad. Con este fin se entregó á un ardoroso trabajo de propaganda buscando en todas partes el apoyo y la cooperación de las clases trabajadoras para llevar á cabo su ideal. Apoyado por ilustres prelados, aplaudido y alentado desde Roma, se dedicó á fundar publicaciones de índole genuinamente popular y á establecer círculos de artesanos, cuyo fin era llevar á la práctica, y hacerlos trascendentes á la vida política, las ideas y sentimientos de fraternidad, de igualdad y de amor que entraña el Evangelio.

Esta propaganda, realizada con febril actividad, con vehemencia y con ardiente fé, tuvo resonancia; llamó fuertemente la atención del partido dominante, y engendró enojo y suspicacia en el gobierno de la República.

Al fin se hizo incompatible con el cumplimiento estricto de los rígidos deberes militares; y el capitán Mun,

consagrado de lleno á su nueva mision, hubo de renunciar el año 1875 á su grado de capitán y á su empleo de de Ayudante del Gobernador de Paris, abandonando completamente la carrera militar. Se abre desde aquel dia una nueva era en la vida pública de Alberto de Mun. Los legitimistas y católicos franceses celebraron con júbilo aquel noble rasgo de desprendimiento y de abnegación; el Papa le envió una cruz y una carta muy lisonjera de felicitación y de estímulo; varios obispos insignes le alentaron en su empresa y le exhortaron con instancias á que siguiera la carrera política en defensa de la causa de la religión, para la que poseía sin duda una capacidad sobresaliente.

II

El año 1876 fué elegido por primera vez diputado; con las universales simpatías y el resuelto apoyo del clero, del obispo de Vannes, del arzobispo de Paris y del nuncio del Papa fué elegido en el distrito de Pontivy por una gran mayoría. No pudo, sin embargo, sentarse en la cámara tan pronto como quisieran sus electores. Una prevención injusta, una excesiva intolerancia política anulaban, por motivos únicamente sectarios, su elección. Se presentó otra vez ante los comicios, y fué reelegido, pero segunda vez se encontró frente al exclusivismo de una cámara apasionada, y volvió á ser anulada su acta. Los electores le reiteraron, sin embargo, su confianza, y esta vez no tuvieron más remedio los republicanos intransigentes de la mayoría que permitirle tomar un asiento, al que le enviaba la terminante é incontestable expresión del sufragio universal.

Desde el año 1878 no ha dejado de tomar parte el Con-

de de Mun en ninguna de las grandes discusiones fundamentales que afectasen á la libertad de la Iglesia, á la constitución moral del Estado y á los derechos de la familia, habiendo esgrimido sus más limpias armas en las memorables controversias á que dieron lugar la expulsión de las comunidades religiosas, la libertad de enseñanza, la reforma del plan de estudios, la secularización de las escuelas y la reconstitución del consejo superior de Instrucción pública. Sus discursos han tenido siempre resonancia, por el fervor y la pasión que en ellos palpitan, y por el brio varonil y la enérgica magnificencia de su estilo.

Los presentimientos y las esperanzas de los que le auguraban una brillante carrera parlamentaria se han cumplido en un todo: en la arena del Parlamento sus genuinas y extraordinarias facultades se han consolidado y han adquirido más consistencia y más pujanza; el orador tribuno se ha crecido, desarrollándose su poder y extendiéndose el alcance y la eficacia de su área intelectual. Entre los suyos nadie le aventaja, y muchos le quedan inferiores: entre los contrarios, despues de la muerte de Gambetta, no hay un orador de su talla, ni de su fuerza, ni de su espontaneidad.

No sabemos que probabilidades de éxito tenga, ó que porvenir le esté reservado, dados los sentimientos y la educación de las clases populares y las corrientes socialistas que hoy fluyen poderosamente, al sistema de armonía social que ha elaborado, al ideal político que persigue, trabajando en pró de la reconciliación y de la armonía de las clases dentro del amor fraternal cristiano. Pero sea lo que quiera, sería injusto negar que es una aspiración generosa y levantada digna de un espíritu superior y de un corazón sano y leal, y que el conde de Mun ha probado se interesa, con no vulgar perspicacia, en estudiar y pro-

fundizar las verdaderas llagas que afligen al cuerpo social y que originan los sacudimientos y convulsiones de nuestros días. Desde su punto de vista especial, es uno de los honrados trabajadores dignos de alabanza en la obra ardua y difficilísima, quizá quimérica, pero grandiosa y santa, de la redención social y moral que necesita la humanidad.

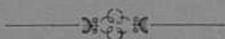
CAMILO DE VILLAVASO.

Bilbao 12 de Febrero de 1887.





CELEBRIDADES CONTEMPORÁNEAS



El Cardenal Luis Jacobini

SECRETARIO DE ESTADO DE SU SANTIDAD.



Generalmente ha sido muy sentida en Europa la muerte prematura de este célebre cardenal, conspicuo ornamento de la corte romana y uno de los diplomáticos más sagaces, ilustres y afortunados de nuestra época. Desempeñaba un cargo delicadísimo, y muy difícil con frecuencia: poseía en absoluto la confianza del Romano Pontífice, penetraba hondamente su pensamiento y complementaba con magistral tino sus planes y su sistema político. Pertenecía de lleno á la raza de grandes cardenales diplomáticos, de los cuales, en años muy cercanos á nosotros, fué prototipo el célebre y magnífico Alejandro Franchi, maestro y amigo del que ahora acaba de fallecer.

Varias noticias equivocadas hemos leído acerca de los antecedentes biográficos del personaje que acaba de morir, cuya fecha de nacimiento adelantan generalmente dos años los periódicos, porque Jacobini nació el año 1830,

á 9 de enero. Se ha dicho asimismo que su origen era humildísimo y que á duras penas pudieron sus padres costear su educacion. La familia del cardenal Jacobini pertenecía á la clase media más acomodada, y poseía buenas propiedades en el distrito de Genzano, que el cardenal ha sabido mejorar y explotar con tanto esmero como prudente economía é instinto mercantil, llegando á ser sus viñedos justamente famosos, segun se dice, y preferidos por el consumo sus productos en Roma.

Como prueba de la opulencia de la familia, diremos que tuvo otro hermano cardenal, nacido en 1825, llamado Angelo, que murió hace un año.

Monseñor Jacobini debió á una sólida educacion eclesiástica y administrativa el fundamento de la rápida, brillantísima y excepcional carrera que ha hecho. Desde que entró en la administracion pontificia, sirvió la mayor parte del tiempo en la secretaria de Estado, á las órdenes del famoso Antonelli, que lo mismo sabia descubrir ó adivinar á los hombres, que utilizarlos en el puesto conveniente, y salió uno de los discípulos más aventajados de aquel notable maestro.

De la época del Concilio Vaticano datan la notoriedad y el encumbramiento político de monseñor Jacobini, nombrado en aquella asamblea para el puesto delicadísimo, trabajoso y en extremo difícil, de segundo secretario. Ya en tan solemne prueba demostró los talentos especiales que poseía para percibir y distinguir los matices de las opiniones sustentadas y para redactar documentos de grande importancia. Pronto fueron recayendo en él los puestos más importantes y codiciados de la administracion pontificia, entre ellos el de secretario de la Congregacion de Negocios extraordinarios y la de Negocios Orientales. En 1874, como premio de los servicios ya prestados y de su probada capacidad diplomática, fué

nombrado nuncio de Su Santidad en Viena, en reemplazo del recién creado cardenal Falcinelli, obteniendo simultáneamente el título de Arzobispo de Thesalónica «in partibus in fidelium.» (1) en cuya Nunciatura se le abrió amplio y favorable campo para desplegar las relevantes dotes que le distinguían en la misión para la que verdaderamente había nacido.

Los periódicos y los biógrafos de Jacobini han referido en diferentes ocasiones los especiales servicios que prestó á los intereses de la Iglesia en el elevado cargo que ocupaba cerca de la persona del emperador Francisco José. Mas estos servicios quedaron eclipsados, porque á todos les sobrepujo en trascendencia y magnitud la obra ardua y azarosa, diputada por muchos como imposible, que acometió para alcanzar la ya arreglada reconciliación religiosa con el imperio alemán. Un mandato officioso, acaso solicitado ó aconsejado por al mismo Jacobini, le puso en contacto el año 1879 con el famoso Bismark en la estación balnearia de Kissingen (Baviera), de cuyos coloquios nacieron un aprecio mútuo y una sólida y leal confianza que, por lo que luego se ha visto, ha sido grandemente fecunda en resultados, así para la autoridad y el esplendor de la Iglesia, como para la pacificación religiosa de los espíritus en Alemania. En juicio de todos, esta es la mejor y más grande de las obras realizadas en el terreno diplomático por el difunto cardenal, y aunque fuera la única, ella sola bastaría para asegurar la celebridad y honrar la memoria de un expertísimo y previser consejero.

Otros grandes actos, que son de todo el mundo muy conocidos, ha lleva lo á cabo Jacobini, con la alta cooperación de su soberano y jefe, en los siete años que ha estado al frente de la secretaría de Estado, desde la muerte del

(1) Jacobini fué el último prelado titular de estas sedes.

cardenal Nina. Entre los más personales que de él se citan, se cuenta la famosa carta de amonestación à «El Siglo Futuro,» que tanto ruido hizo en su tiempo por la doctrina que entrañaba y por su lenguaje, y que cayó como una bomba en el abrasado campo de las rencorosas discordias de los tradicionalistas españoles. Los llamados íntegros no habrán olvidado seguramente el tremendo golpe que entónces sobre ellos se descargó, y no estarán dispuestos à hacer toda la justicia debida à la memoria y à los méritos incontestables del ilustre cardenal. No le han faltado tampoco por otras partes amigos falsos, protegidos desnaturalizados y detractores envidiosos que han manejado venenosamente la diatriba en contra de la personalidad que nos ocupa, atribuyéndole sentimientos, aspiraciones, ideas y propósitos indignos de su eminente posicion, de los esclarecidos antecedentes de su historia y de la acendrada devoción personal que siempre había consagrado à Leon XIII.

Un famoso periodista francés, agraviado quizá por culpas propias, no desprovisto de ingenio maleante, pero indiscreto y osado, ha tratado de poner, por algunos rasgos, en caricatura la individualidad del difunto secretario de Estado, dando pronto al olvido, en la hora del despecho, las atenciones y auxilios recibidos.

Entre las negociaciones más delicadas é importantes de la corte pontificia, le ha cabido no poca parte à Jacobini en el arreglo del conflicto de las Carolinas, que le ha valido al Papa y à sus hábiles consejeros la consideración y los aplausos de todo el mundo que ha juzgado recta é imparcialmente la cuestión. Es seguro que el finado cardenal estimaba este pacífico resultado como uno de los sucesos más dichosos y memorables de su existencia. Le valió el reconocimiento y la gratitud de las dos potencias interesadas, recibiendo simultáneamente el Toison de Oro de

España y una de las más altas condecoraciones de Prusia.

Otros negocios de capital magnitud han puesto á prueba la sagacidad diplomática, el saber, la actividad y el talento de este notable secretario de Estado, tales como el arreglo de la tres veces secular cuestion del Patronato de las Indias Orientales, el establecimiento de la Iglesia católica en China, la reconstitucion del principio de autoridad y unidad en Oriente (de cuyo asunto habia hecho un estudio profundo, y era en él, como nadie, versadísimo), la reconstitucion de la Jerarquía católica en Escocia, «desideratum» hasta ahora no logrado, de siglos, y el ensanche y engrandecimiento de la de los Estados-Unidos. En estos hermosos y magníficos triunfos espirituales del dichoso Pontificado de Leon XIII pudo muy bien Jacobini adjudicarse el «quorum pars magna fui.» Y por último, ahora muy recientemente, en los postremos dias de su carrera terrenal, habia realizado un acto político de la mayor trascendencia y de carácter y alcance inusitados. Nos referimos á los consejos é instrucciones trasmitidas á los católicos alemanes con motivo del conflicto planteado por los proyectos de Bismark, en sus cartas al nuncio de Munich, á los obispos bávaros y á uno de los jefes más caracterizados del partido llamado del Centro. Tanta importancia se ha atribuido á este hecho, tanto efecto ha producido, que segun acabamos de ver, se ha dedicado á consignarlo un párrafo en el discurso leído en la apertura del Reichstag en nombre del kaiser Guillermo.

Cuantas noticias se tienen, cuantos elementos de juicio pueden apreciarse, contribuyen á producir la convicción de que habiéndosele concedido por Dios más larga vida, no hubiese Ludovico Jacobini ocupado un lugar oscuro ni inferior en el catálogo de los Gonsalvi, los Giustiniani, los Mezzofanti, los Lambruschini, los Antonelli, los Franchi y los Chigi.

Como cortesano y como hombre de mundo, en la forma y de la manera que deben cuadrar á un Príncipe de la Iglesia, poseía, al decir de cuantos se han ocupado de él, las dotes más adecuadas y necesarias, y en la corte de Viena fué altamente estimado por la elevación y cultura de su espíritu, su admirable educación, sus distinguidos y exquisitos modales y el finísimo y especial tacto con que cumplía sus deberes. Escribía con mucha elegancia y claridad, adaptándose, según las necesidades, á todos los estilos y á todos los matices. Poseía en un grado eminente el talento de la conversación y sabía decir, sin comprometerse nunca y sin mortificar á nadie y sin crearse en vano enemigos, cuanto quería, como quería y en el lugar más oportuno. Parece, sin embargo, que su físico no correspondía exactamente á sus brillantes dotes intelectuales y morales. No estaba adornado de la hermosura varonil, de la gallardía y apostura principal de otros prelados romanos, nacidos para brillar en las altas regiones aristocráticas: era corto de estatura y demasiado grueso, con un rostro franco, placentero y simpático, pero muy ancho que no denunciaba á la simple vista la finura y la sagacidad de un consumado diplomático.

Los periódicos más importantes de Europa, y especialmente los ingleses y alemanes, han dedicado largos y notables artículos á biografíar la existencia y juzgar la carrera de Ludovico Jacobini, graduando su muerte de pérdida inmensa y muy sensible para el Pontífice, para la Iglesia y para las relaciones de Roma con el mundo.

Bilbao 2 de Marzo de 1887.





COMBUSTION EXPONTÁNEA DE ALGUNOS CUERPOS.

La combustion expontánea de materias fácilmente inflamables impregnados de aceites u otros cuerpos grasos es un fenómeno que los químicos explican perfectamente, pero que no es conocido de todas las personas llamadas á intervenir en ciertos trabajos en que la ignorancia del peligro que se corre con la aglomeracion de aquellos materiales sin las precauciones convenientes, puede ocasionar terribles consecuencias.

Varios incendios originados por casos de esta especie han sido registrados en estos últimos años, y en un periódico francés, *La Nature* del 29 de Octubre de 1887, vemos que de la informacion abierta en Liverpool con motivo del incendio en el mar del vapor *Citej of Montreal* con cargamento de algodón en bolas por valor de más de 500.000 francos, resulta que en los cinco años precedentes, 26 buques que transportaban algodón han sido pasto de las llamas, bien en los puertos ó ya en alta mar.

Recientemente, el 27 del actual, hemos tenido ocasion de presenciar un nuevo caso de combustion expontánea, ocurrido en la fábrica de Trubia, del cual vamos á dar conocimiento á los lectores de la REVISTA.

Los cabos de algodón que se emplean en la limpieza de las máquinas se recojen con el fin de utilizarlos nuevamente en el mismo servicio, después de haberles hecho sufrir un buen lavado en el río; con lo cual se consigue una economía no despreciable, dado que la cantidad de algodón que se necesita para la conservacion y limpieza de más de doscientas máquinas es bastante considerable. En las primeras horas de la mañana de dicho día, un espeso humo salido del local en que aquellas materias se guardaban y en el que nadie había penetrado desde dos días antes, dió á conocer que allí ocurría algo de particular. Abiertas las puertas

de aquél, pudo comprobarse que los cabos de algodón impregnados de aceite de olivas y otros cuerpos grasos que se emplean en la lubricación de las máquinas, sujetas á la presión (bastante considerable por el número grande de ellos que existía) de los unos contra los otros, encerrados en un local donde el aire se renueva con dificultad y cuya temperatura escasamente pasa de 23.º centígrados, se habían encendido espontáneamente.

La explicación del fenómeno que ha originado este caso de combustión espontánea es sencilla. El algodón, cuando se halla empapado en aceite, tiene una gran tendencia á elevar su temperatura al verificarse la oxidación; porque, en efecto, aquel líquido al sacarse sufre una especie de *resinificación* que no es otra cosa que una combustión lenta que se verifica á una temperatura relativamente baja, pero que si esta acción es avivada por una causa cualquiera tiene lugar á una temperatura más elevada y puede entonces dar origen á un incendio.

Esto ha sido comprobado por las experiencias de Galding (1), quien ha demostrado que un pedazo de tela impregnado de aceite de linaza y encerrado dentro de una caja, comienza á dar humo al cabo de tres horas, y entra en combustión instantánea si se introduce en la caja el aire exterior. Mr. Renouard de Rouen ha repetido esta experiencia, aunque modificándola. Mezclando retales de algodón humedecidos en grasas, con algodón seco y someténdolos á una fuerte presión hidráulica, el algodón fermenta, se calienta y prende fuego.

Nunca serán, pues, bastantes las precauciones que se tomen en los talleres, trenes, buques, etc, donde haya necesidad de acumular materias de fácil combustión si se hallan humedecidas por aceites, exquisitos ó cualesquiera otros cuerpos grasos. En los arsenales y en las fábricas donde se usa mucho de la pintura al aceite es peligroso colocar unas sobre otras las telas pintadas sin haberse antes asegurado de que están desprovistas de humedad, pues Mr. Chevallier (2) refiere que en la velería del arsenal de Brest; ha ocurrido un incendio de este género por haber colocado uno sobre otro, aun después de secos al sol, tres forros (para velas) de tela impregnados de pintura al aceite.

Terminaremos estas líneas dando á conocer un caso curioso de combustión espontánea de particular de acero, que ha sido comprobado por Mr. Willam F. Kellett, fabricante en Chicago.

Hacia algún tiempo que se venía sirviendo de una esponja para

(1) *La Nature*, 17 Diciembre 1887, pág. 42.

(2) *Annales d'hygiène*, 1.ª série, tomo 25.

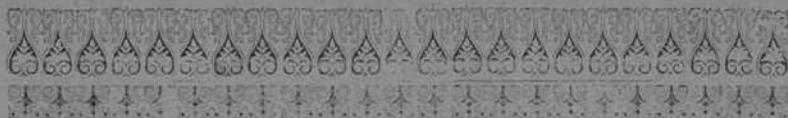
mojar una muela de esmerilar; esta esponja que estaba en contacto con la muela recibía el agua por capilaridad de un depósito superior. Un resorte la apoyaba contra la muela que servía para amolar placas de acero muy duro: la esponja había concluido por llenarse completamente de granos de acero desprendidos de la muela. Después de cierto tiempo se colocó la esponja de lado, dejando en contacto con ella el resorte y un lienzo de algodón. Se la dejó secar completamente encima de dos pedazos de madera de pino. Ocho días después se apercibió de que la esponja se encontraba en estado de incandescencia y que había prendido fuego á la madera sobre que reposaba.

Mr. Kellett explica este raro caso de combustión espontánea de la manera siguiente. Las partículas de acero de que la esponja estaba llena eran en extremo finísimas, y se habían oxidado rápidamente al contacto de la esponja humedecida. Presentaban, por otra parte, una grande superficie relativamente al volumen. En estas condiciones, la reacción química que se traduce por la oxidación ha podido desarrollar un calor suficiente para determinar el estado de incandescencia.

J. BARCALA.

Trubia y Agosto 31 del 88





LAS TROYANAS. tragedia de Séneca.

Ni los acerbos dolores de Hécula al ver inmolar á Polixena sobre el sepulcro de Aquiles y hallar muerto á Polidoro por la traicion de Polimnestor, que nos dá á conocer Eurípides en su tragedia «Hécuba»; ni las amargas lágrimas vertidas por Priamo al recoger el cadáver de su hijo Héctor, segun la sublime descripción del inmortal Ciego de Esmirna, ni la muerte de aquel héroe troyano á quien mató Aquiles arrastrando el cadáver atado por los pies á su carro que paseó por delante de los muros de Troya, en venganza de la muerte dada á su fiel amigo Patroclo, segun nos refiere Luce de Lançival en su tragedia «Héctor», despiertan tanto interés ni cautivan mas el ánimo que las escenas de «Las troyanas» que voy á extractar á continuacion con el fin de dar á conocer el talento trágico de Séneca y las notables perfecciones que, aparte de bastantes defectos, encierran sus obras.

Valgan, por lo tanto, estos apuntes, sino consigo trasladar con toda la perfeccion que desco la energia y sublimidad del original en algunos pasajes, como el más modesto esfuerzo del que pretende hacer algo útil y estimular á la lectura y observacion de las bellezas que encierran las obras de aquel *gran sábio*; á menos que haya quien con más acierto y galanura presente al público otros extractos de sus tragedias que serían muy útiles para perfeccionar el buen gusto literario,

Racine se aprovechó en su «Fedra» del «Hipólita» de Séneca, y si hubiera seguido enteramente á éste en el carácter de Hipólito, no hubiera merecido ser reprendido por el inmortal Fenelon.

Hechas estas salvedades, emprendo mi trabajo.

Afligida Andrómaca por la suerte de su hijo Astyanax á quien buscaban los griegos para darle muerte le esconde en el túmulo de su esposo Héctor, exclamando en estos términos:

«¡Oh, amado Héctor! Guarda este pedazo del alma que tu esposa te confía: recibe cerca de tus cenizas á nuestro querido hijo, para que salve la vida.

Entra, hijo mio, entra en el túmulo... ¿Mas porqué te estremeces? ¿porqué desdeñas este asilo? ¿Que nos queda de nuestra grandeza pasada! Un túmulo, un niño y una madre esclava. Es forzoso ceder á tantos males... osá entrar en el Santuario de los mannes de mi adorado Héctor. Si los hados nos favorecen él será tu asilo; y si quieren tu muerte, te servirá de sepulcro.»

Momentos después distingue á Ulises que viene de parte de la armada á pedirle su hijo Astyanax, y en el arrebató del dolor suplica á su esposo que lo oculte en las entrañas de la tierra.

Hé aquí la escena más conmovedora que se desarrolla después, despojada de todas las superfluidades que suelen mezclar exagerados ó pretenciosos declamadores.

«*Ulises* — Te pido que me consideres como ministro involuntario de la inhumana suerte y que no me imputes lo que vengo á decirte; es la Grecia junta, son veinte reyes los que te hablan por mi boca. El hijo de Héctor se opone á su regreso: los destinos le piden. Jamás tendrán los griegos por firme su conquista, ni la paz segura, mientras tu hijo pueda despertar la esperanza y excitar el valor de los frigios.

Andrómaca,—¿Son esos los oráculos de vuestro adivino Calchas?...

Ulises.—Aun cuando callase el adivino Calchas, Héctor mismo, sus proezas, su formidable raza nos dicen bastante lo que debemos temer—Los hijos de los héroes nacen para serlo ellos mismos. Una chispa mal apagada puede volver á encender el fuego—Un héroe futuro es un objeto funesto. Libranos pues de este temor, que es el que detiene nuestras naves en estas riveras.

Andrómaca.—¡Plugiera á los dioses que mi hijo estuviese conmigo! Aún cuando me viese con las manos desolladas por las cadenas, cubiertas de heridas, rodeada de llamas, jamás, no, jamás

este corazón le negaría los cuidados maternales. Hijo mío! amado hijo! en donde estás? cuál es tu destino? Andas errante con las reliquias que han escapado de Troya? Te han devorado las llamas de tu patria? O el bárbaro vencedor se ha divertido en derramar tu sangre?

Ulises.—No finjas, Andrómaca. pues no engañarás á Ulises; conozco los artificios de las madres, y las diosas mismas no han podido ofuscarne. No uses, vuelvo á decir, de inútiles rodeos. Donde está tu hijo?

Andrómaca.—Donde está mi hijo? Bárbaro! .. donde está Héctor? donde Priamo? donde todos los frigios? .. Tu me pides uno solo, y yo te los pido todos.

Ulises.—«No des lugar á que la violencia te arranque la verdad.

Andrómaca.—¿Qué puede intimidarme, cuando puedo y debo morir, y cuando lo deseo?

Ulises.—La muerte mirada de cerca abatirá ese gran valor.

Andrómaca.—Si quieres atemorizarme, amenázame con la vida; la muerte... la muerte es el objeto de mis deseos.

Ulises.—Lo veo; el corazón de una madre todo lo atropella. Pero ese mismo amor que tienes á tu hijo ¿no deberán tener los griegos á los suyos? ¿Será justo que después de una guerra que me ha costado diez años de peligros, mi hijo Telémaco sea víctima del tuyo, si vive?

Andrómaca.—Bien... es forzoso dar esta complacencia á Ulises, á todos los griegos. ¡Oh dolor, deja de contenerme! Cruces Atridas, deleitaos con mis lágrimas; y tu llévalas con gusto la agradable noticia... El hijo de Héctor ya no existe ..

Ulises.—¿Y qué seguridad me das para que me crean?

Andrómaca.—Caiga toda la crueldad del vencedor sobre mi cabeza, si mi hijo no está privado de la luz, sinó yace entre los muertos en el fondo de un sepúlcro.

Ulises.—Basta... si la sangre de Héctor se ha extinguido, voy á anunciar á los griegos una paz feliz y sólida... (aparte) Ulises ¿qué haces? ¿Te creerán los griegos? Y tu á quien crees? A una madre... Vamos, apelemos á nuestro ingenio, desplieguese toda nuestra industria, nuestros artificios, en una palabra, todo Ulises. Al cabo se viene á descubrir la verdad. Sondeemos el corazón de una madre. Ella suspira, ella quiere, ella dirige aquí y allí sus inquietos pasos... Parece más temerosa que afligida—(Vuelve.)

— Aunque es costumbre consolar á las madres cuando mueren sus hijos, á tí te debo dar el parabien, pues has sido feliz en perder un hijo á quien esperaba una muerte cruel— Bien sabes la única torre que ha quedado en Troya... De lo alto de ella debiera ser precipitado.

Andrómaca — Yo muero! La sangre se me hiela dentro de las venas...

Ulises. — (aparte) Se extremece... aumentemos su temor— (A los soldados) Buscar al instante al hijo de Héctor que su madre nos quiere ocultar. Do quiera que sea, descubrid á este último enemigo de la Grecia. (aparte) No hay duda; está adivinado su secreto. (mas alto) Vamos, digo, apresuraos y traedle.

¿Porqué Andrómaca miras al sepulcro? ¿Porqué tiembles? Tu hijo no ha muerto,

Andrómaca. — Pluguiera al Cielo que yo no tuviese ya más que temer que por su vida! pero el terror se ha hecho en mi naturaleza. Es difícil perder un hábito tan arraigado.

Ulises — Bien; pues si tu hijo ha prevenido por una muerte más suave la expiación que su sangre debía á los muros de Troya, sabe ahora lo que Calchas ordena. «No puede, dice, ser purificada la flota, ni esperarse un feliz retorno, sino se apacigua el mar con las cenizas de Héctor, esparcidas sobre las ondas.» Derríbese y destrúyase enteramente su sepulcro.

Andrómaca — Ay Dioses! Que me sucede? Dividida entre el padre y el hijo, no sé que resolver. Amalo Héctor! Saben los dioses que si prefiero á mi hijo es por tí, porque en él está tu imágen. ¿Mas permitiré que arrojen tus cenizas por ese vasto piélagos?... No, muera mi hijo. ¡Ay madre desdichada! Podrás verle entregado á una horrible muerte? Sí... podré... tendré valor para ello, con tal que el bárbaro vencedor no inquiete los manes de mi querido Hector. ¿Pero si él está en su hijo y tal vez éste pueda vengar la muerte de su padre?..

Ulises. — El tiempo urge, Andrómaca, yo obedezco al Oráculo; voy á derribar el túmulo.

Andrómaca. — ¿Qué? ¡Bárbaro! El túmulo que me habeis vendido!

Ulises. — En el instante no quedarán mas que sus ruinas.

Andrómaca. — Crueles! Este era el único crimen que todavía no habiais osado cometer pero yo me opondré á vuestra barbàrie. Mis

débiles manos despreciarán vuestras armas; moriré gustosa envuelta en las cenizas de mi esposo.

Ulises.—Soldados, ¿que os detiene? ¿Los gritos y vano furor de una madre? Dãos prisa á obedecer... Vamos, destruyámoslo todo hasta los cimientos.

Andrómaca.—¿Qué haces, madre cuitada!... Ay! el peso del túmulo vá á abrumar á mi hijo... Ulises, yo caigo á tus piés; yo que jamás he abrazado las rodillas del vencedor. ¡Ten piedad de una madre! Cuanto más te han engrandecido los dioses, menos debes oprimir á los desgraciados. Lo que se concede á la desgracia, se concede á sí mismo. Ay! mi hijo es el único consuelo que me queda.

Ulises.—Entrégale y atenderé á tu súplica.

Andrómaca.—Vén, hijo mio, tesoro de tu madre; sal de las tinieblas donde en vano te habia yo ocultado. Mira aquí, Ulises, el terror de vuestras dos mil naves. ¡Un niño! Sométele, hijo mio, abraza las rodillas del vencedor. No creas vergonzoso lo que manda el destino. Olvídate de tus abuelos, de su poder... Mirate cautivo, tóma sentimientos conformes á este estado; y si la edad te impide sentir los dolores de la muerte, aprende á lo ménos, aprende á llorar de una madre.

Si fueran capaces de compadecerme...

Priamo consiguió ablandar el pecho del feroz Hércules... Pero no; á los griegos solo les agradan las armas de Alcides, no su clemencia.

Ulises.—Saben los dioses que me conduelo de tu triste situacion; pero más me mueven las lágrimas que tu hijo puede hacer verter á las madres griegas,

Andrómaca.—¿Quien? ¿Mi hijo? ¿Estas tiernas manos han de restablecer á Troya convertida en cenizas? ¡Miserable esperanza, si no les queda otra! ¡Si quereis castigarle! ¿qué mayor pena que imponer sobre su real cuello el yugo de la esclavitud?

Ulises.—Vamos, soldados, llevalle, ya las naves van levantando àncoras.

Andrómaca.—Ay, hijo mio! Permíteme, Ulises, que se sacie mi dolor estrechándole en mis brazos. Oh, dulce prenda! Oh, esplendor de una familia arruinada! Oh, terror de los griegos, y última victima de Troya! Oh esperanza vana de una madre! Insensato; cuando yo le deseaba la gloria militar de su padre, y los años de

su abuelo! .. Deja, te cerraré los ojos. —Niño mueres, pero temido.

Astyanax. —Madre, piedad!

Andrómaca. —Hijo! Porqué me tomas las manos y te ases de mi seno? Recibe mis besos y mis lágrimas, y preséntate á los manes de tu padre lleno de mí.—Pero, Héctor cruel, si las álmás se acuerdan de sus afectos anteriores, si el amor no se extingue con la muerte, ¿cómo permites que á Andrómaca la oprima el yugo de la esclavitud griega? ¿Porqué tu sombra no se presenta como la de Aquiles? —Ay hijo! Ven otra vez á mis brazos, recibe mis lágrimas y estos besos para que se los devuelvas a tu padre.—Déjame por único consuelo tu vestido que ha tocado al sepulcro y á los manes de mi ama lo.....

Ulises —Las lágrimas de una madre no tienen fin. Arrancadle de sus brazos: las naves están detenidas por él.»



En el acto quinto y último se presenta un mensajero á Andrómaca y la refiere del modo siguiente la muerte que dieron los griegos á su hijo.



«*Mensajero.*—Tu hijo Astyanax ha sido precipitado del muro.

Andrómaca.—Esplicame todo el suceso: cuéntame; las penas se han hecho ya alimento de mi alma.

Mensajero.—Ya sabes la alta torre donde Priamo observaba los movimientos de los ejércitos y daba las órdenes; y en la que teniendo sobre sí al nieto Astyanax le soñía mostrar las victorias de su padre Héctor.

Al rededor de ella acuden los griegos abandonando sus naves. Unos se colocan sobre las casas medio quemadas, otros sobre los muros caidos; estos ocupan las eminencias inmediatas, aquellos se suben á los árboles de la vecina selva, y aun algunos cometen la execrable maldad de sentarse á observar sobre el túmulo de Héctor. Cuando todos estaban ocupados de espectacion y de terror, se presenta Ulises por entre la multitud trayendo de la diestra al nieto de Priamo, Sube éste con ligereza á la muralla, y luego que ocupa lo

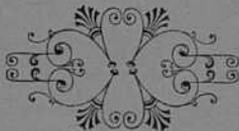
alto de la torre mira á todas partes lleno de valor é intrepidez. Su noble valentía hiere los corazones de los capitanes griegos, de los soldados y del mismo Ulises, y to los lloran menos él. En fin, mientras Ulises hacía por apagar la cólera de los dioses con las plegarias que le había enseñado el adivino, él mismo se arrojó de la altura.

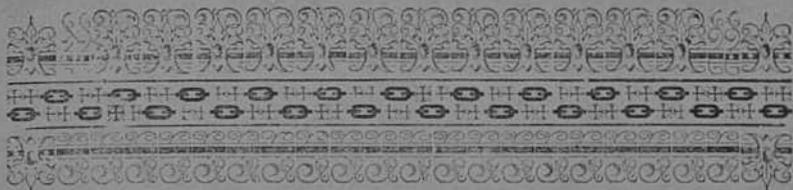
Andrómaca.—¡Hijo mio!... Ni los Escitas, ni los crueles Hircános, ni los más bárbaros salvajes hubieran tomado en tí tan inhumana venganza. ¿Quién recojerá tu cuerpo y le erigirá un túmulo?

Mensajero.—¿Su cuerpo?... La cabeza se separó de los hombros y dió en un peñasco. Todos los miembros se despedazaron, y perdió aquella gentileza y noble ademán en que estaba retratado Héctor.

Andrómaca —¡Hijo de mi corazon! hasta en eso te pareces á tu padre.

CLEMENTE DE TRÁPAGA Y DE ERRAZU.





LA NOCHE DE MORTARÀ.

(FRAGMENTO DE MI DIARIO DE VIAJE.)



— Rimini, secondo.

— Rimini !! Rimini!!!

— Mo, sí, ¿Rimini non à Italia?

No entendí bien lo que me contestaba el taquillero de Vintimiglia; pero al parecer no había billetes Rimini y me ofrecía otros que sin duda se ían tan buenos ó mejores, pero no me convenían. Al fin sonó Sampiendavena.

— Bueno; para Sampiendavena ó para el infierno.

El empleado no entendió mas que el gesto afirmativo, y mediante *undicé lire* ó *cincuenta centèsimi* adquirí el derecho de ser trasportado á tres kilómetros de Génova; desde allí seguía á Alexandria, Plasencia, Boleña y Rimini.

Mi compañero de viaje italiano me encontró en la sala *d' aspetto*, despues de haber defendido contra los vistosos *doganieri* algunas cafetillos y puros españoles; á él le habían dado billete directo hasta Alexandria, via Acqui, y debíamos separarnos en Sonove; en un pequeño contratiempo; y ménos mal que el jóven catalan, por no dejarme solo, se decidió á acompañarme en el rodeo, que mi ignorancia y la del empleado italiano me habían impuesto.

Si han leído Vds. el himno, que cante esta mañana al Mediterráneo francés, van á creerme poco formal, cuando les diga que á eso de las tres de la tarde ya estaba yo de Mediterráneo hasta los

pelos; no que echara de menos aquellas llanuras color de liebre de Castilla y Aragón; pero lo cierto es que me dormí; y desperté en el punto de mi provisional destino. En el cual comimos à la *listina del giorno*, bastante sobria, el catalan y yo; por cierto que recomiendo à Vds, el queso parmesano.

Oscurecía cuando emprendimos la subida hacia Alexandria donde habíamos determinado hacer noche. Al día siguiente mi compañero George seguiría à Milan y Berganzo, y yo à Plasencia y Rimini. El coche iba lleno, yo entre una señora que habia echado sobre mi todo el exceso de su polison, relleno à mi juicio de faginas de trinchera, y un caballero, que cabia lo ménos dos. A todo esto empezamos à atravesar à paso de carreta tuneles y más tuneles, cuando los que iban al vidrio, le cerraban, aquello era no respirar. Medio asfisiado, sudando los cinco litros de *bouillon*, que el italiano me habia hecho tomar entre Marsella y Ventimiglia, rindióme un sueño incómodo pero profundo.

Paró el tren y me desperté; el empleado encargado de vocear la *fermata*, largaba un rosario de nombres frente à la ventanilla,

—¿Per Alexandria si combia?

Il biglietto. Ma, ciagurats, descendete presto.

Sin darme cuenta de lo que hacia agarré mi maleta y me tiré al andén; y medio en francés, medio en italiano, me enteré de que estaba en Mortara, y que Alexandria habia quedado atrás, bastante atrás, muy atrás. Cuando me acordé de mi compañero, que iba profundamente dormido, ya el tren estaba fuera de agujas.

Y aquí me tienen Vds. en el andén de la estacion de Mortara, puesto al que no llegaban mis conocimientos geográficos, à las diez de la noche, con la noticia de que hasta el día siguiente no podria seguir mi viaje, y sin saber por donde deberia emprenderlo. Tenia sin embargo compañía en mi infortunio; la cual era una señora que debatía energicamente con *il capo de stazione* y con el gordiflon heraldo de las paradas. Tambien ella habia pasado de su destino, pero debia haber algo de culpa por parte de los empleados porque los de Mortara se esforzaban para que ella entregara el billete à lo cual la víctima se resistia. Durante la disputa habia preguntado yo al empleado por un *albergo*; el hombre me habia hecho una seña afirmativa y cogido mi maleta. Como aquello se prolongaba quise aprovechar el tiempo para saber donde estaba, y con el jeto de sacar la guía eché mano à la maleta.

—Chut, las ciele.

Retiré la mano, y en un momento que hablaba el Jefe pregunte à mi severo protector.

—Il treno per Alexandria geuando?

—Alexandria nou; Pavia, sette e gundici matina. Tacete.

Callé, y como un cordero seguí al cabo de un rato al empleado; el cual, siempre cargado con mi maleta, me hizo entrar en el piso bajo de un albergo frontero y à pocos metros de la estacion. Por el camino quise comprender que retrociendo à Alexandria tendría que recorrer algunos kilómetros más que soliendo para Pavia, y que además dormiría algunas horas menos. Lo que no pude poner en claro fué el motivo de que en vez de hacerme bajar del tren, no me hubieren dejado seguir à Pavia.

Malísimo efecto me hizo el tugurio, bajo de techo, medio à oscuras, y ocupado en el centro por una mesa de jugadores de mediana catadura. Mientras el empleado pedia para mi una *camera é un letto* salime à la puerta. Una calle sin faro'es larga, y desierta, me quitó toda esperanza de sustraerme al destino, encarnado para mí ó en aquel hombre gordo, rubicundo, servicial y grosero, solícito y socarron en una pieza. Pedí una taza de café, que fué preciso salir à buscar, decididamente aquello era una taberna. Iba à tomar el brevahe, cuando el empleado se acercó à mí, mostrome mi billete, y me intimó que le abonase la diferencia de Alexandria à Mortara. Negueme à ello, y dije que pagaria en la estacion.

—Andiamo a la stazione,

—Ahora no, contesté yo en español. Mañana pagaré

Todos los mezos del tugurio, y aun los jugadores, mostraron gran empeño en que acompañase al empleado à la estacion à hacer el pago, y como no me cabia en la cabeza tamaña solicitud por los intereses de la empresa ferro-viaria, apuntó en mí una sospecha fatal. Aquella gente se proponía estafarme ó robarme de una manera ú otra; y por desgracia todo concurría à que semejante precaucion tomaba cuerpo.. El sitio de aspecto tabernario, lo inesperado de mi situacion, lo inesplicable para mí de que no hubiera dejado aquel hombre seguir à Pavia, las advertencias continuadas que me habia hecho mi compañero el italiano, hasta la debilidad que debía haberme producido el régimen de caldos à que me habia obligado el desconcierto de las paradas en la via italiana. De todos modos desde aquel momento fué para mí cosa indudable que aquella gen-

te se había propuesto robarme por los buenas ó por las malas. Y recordando que en Italia, según viajeros, hace gran efecto la energía castellana, aproveché la discusión entablada para soltar con vigor una infinidad de palabras españolas, en las que nuestra inimitable jota resonaba como un clarín de guerra. Hízose la calma, los jugadores volvieron á los naipes, los mozos á mirar como jugaban, y el empleado del ferrocarril con una sonrisa burlona, que me desconcertó, se despidió de mí hasta el día siguiente. Tomé el café, ya frío; pedí mi *cámara*, y hube de seguir al mozo. Atravesé primero la cocina, y vi con gusto que *il padrone* que era además cocinero, tenía cara honrada; pero en seguida empecé á subir un dedalo de escaleras y pasillos y noté con disgusto que todos los cuartos, que abrían á ellos estaban desocupados; hice la observación al mozo, que se encogió de hombros, á lo sazón que yo tropezaba contra dos enronísimos zapatos puesto á la puerta de una habitación contigua á la que se me destinaba ¡qué zapatos! ¡Y qué habitación! Marchóse el *camariere* pasando la llave al interior con cierta afectación; cerré en cuanto dejé de sentir sus pasos, y procedí á examinar los lugares. Un vuelco me dió el corazón cuando apercebí una segunda puerta, que comunicaba con el cuarto del hombre de los zapatos, y que por el lado del mío no tenía ni un mal pasador, y entonces estalló con toda su fuerza uno de los mayores cangreos que he pasado en mi vida.

Procedí inmediatamente á la defensa; la mesa arrimada á la puerta peligrosa, y encima de la mesa el agua manil con la cofaina, servirían de barricada y despertador. Nunca llevo conmigo armas, ni para viajar por países civilizados, ni para andar por las calles de Oviedo en tiempo de fusionistas de esos que agravian y no se baten; tencí la vista en tenco mío y me fijé en un regular gancho de percha que desprendido de su sitio fié á dormir debajo de mi almohada, abrí las vidrieras, asoméme al infinito de la oscuridad y del silencio, y luego aflojando las ropas me tendí en el lecho, que era blando y limpio; apagué la luz y quedé en vigilia; no sabía qué hora era porque horas antes había roto el muelle del reloj. Alternadamente dominaban mi ánimo rafagas de buen sentido, y tufaradas de miedo; á cada uno de las primeras me deshacía de una prenda de ropa y me adormecía en este teje-maneje había llegado á no conservar mas que la chalina, cuando mesa y agua manil tuvieron un sordo estremecimiento,

—Chi picchia ¿Chi à là?—grite yo, viniéndoseme à la boca, no se como, un trozo del vocabulario que estudiaba en el viaje. No contestó nadie; encendi, reconocí la barricada, y la vi intacta; decidí dormir con luz; pero ahora soñaba que yo era dos; uno dormía y otro velaba, pero este último à cada momento despertaba à su compañero y en total la síntesis no descansaba.

Estaba convencido de que si en aquel momento me comiera un buen trozo de carne con el pan y el vino correspondientes, el yo sensato el que quería dormir prevalecería; pero en la imposibilidad de propinarme semejante cordial tomé la resolución de esperar al alta leyendo cualquier cosa. Habría recorrido sin gran atención un par de páginas del vocabulario italiano, cuando se me ocurrió enterarme de lo que era Mortara; saqué el *Guide Joanne*, y me gustó saber que ésta era en una villa de 7.000 habitantes, rica en arrozales, y poseedora de tres ó cuatro hoteles; en semejante localidad debía haber *sindacco* y policía, y hasta *carabieneri*; por más que yo no había visto la pareja en la Estacion. Averiguado esto quise ya saber cuanto distaba de Pavia, y porque me convenia más seguir à ese ciudad que regresar à Alexandria ¡Oh placer! Pavia no estaba entre Mortara y Milan; el empleado, al ménos cuando me hizo bajar del tren, no abrigaba el menor intento culpable. Pero ¿porqué traerme à semejante tugurio y no haberme dirigido al *Tre ré ó* à la *Corona nuova* ó al *Leone de oro*? en un pueblo tan pequeño no podian estar muy lejos. Como Vds. ven los caldos y cafés se defendían contra el buen sentido.

Pasé à comparar el itinerario Alexandria y el Pavia; efectivamente el último me hacia adelantar algunas horas y ahorrar algunos kilómetros; al llegar aquí me quité la corbata. Y para colmo de diela llenóse la calle de un rumor de gentes y carros; asoméme y no muy lejos vi encenderse una fila de luces; era la estacion que se animaba para recibir un tren; llegó este con alegres silbidos; y yo contento y avergónzado cerré con tiento la persiana; despues contentiendo el aliento llevé à su sitio la mesa y el agua manil, colgué el gancho de percha como pudé; abrí la maleta saqué la camisa de dormir... y me costó trabajo contestar al mozo que à las seis y media llamaba discretamente en la puerta del cuarto; que ya bañado por la luz del sol tenia un aire de honradez, de aseo y aun de comodidad tal, que de buena gana lo hubiera disfrutado, durmiendo por supuesto unas horas más.

Cinco reales por el café, la cama y el trasporte de la maleta hasta la estación, el empleado no quiso las dos pesetas de la diferencia de billetes, que yo agradecido y casi con remordimiento, le ofrecía como *mancia*, propina.

Moraleja; si Vds saben de Marsella para pasar á la red del Adriático de una tirada, procuren llevar una fiambarrera bien provista; porque no hay paradas suficientes para hacer el par de comidas sólidas, que indispensablemente reclama la integridad física y moral del viajero.

GENARO ALAS.

Salinas 12 de Setiembre de 1888.





LOS PRINCIPIOS DE POLÍTICA

DE

Holtzenorff

(CONCLUSION.)

No dejamos de reconocer que estas importantes cuestiones, referentes á la distincion de los conceptos de *Sociedad* y *Estado* (distincion que tiene una correspondencia real y efectiva en la vida), y á la determinacion precisa de la idea del *Rechtsstaat*, no han sido aun resueltas convenientemente por la ciencia política. Pero aparte de que una solucion cerrada y definitiva de las mismas no es el propósito de la ciencia, que como reflejo teórico de la realidad misma, promovido por la reflexion, tiene que dejar las cuestiones *abiertas* siempre al estudio y á las indagaciones sucesivas; aparte de esto, repetimos, tenemos la alta significacion que entraña el hecho solo de proponérselas. A la solucion ó conocimiento cada vez más adecuado de la primera, contribuyen el esclarecimiento cada vez más perfecto de las leyes que presiden el desenvolvimiento de las sociedades, en lo tocante á la formacion histórica de sus internas instituciones. En esta cuestion, como en ninguna otra, se muestra admirablemente la intima y necesaria relacion de la ciencia y la vida. ¡Cómo había de pensarse en las sociedades rudimentarias, ni aun en las cultas, pero de vida sencilla, en una distincion entre el Estado y la sociedad, si *realmente* aparecian confundidas de un modo esencial! La distancia entre el Estado y la sociedad, tal como lo presenta la ciencia política, tal como lo demuestra en nuestros dias la *Sociología*, es idea propia de las sociedades avanzadas y de complicada estructura, al menos su manifestacion espontánea surge en ella como consecuencia de la ley universal de la distribucion del trabajo que im

pone la diferenciación de los elementos que integran el cuerpo social. Por lo que respecta á la cuestión segunda, lo importante ahora es la tendencia que entraña. A causa de las razones indicadas por la radical revolución que el *Estado de derecho* supone ante el *Estado patrimonial* y aun ante el *Estado de policía*, y por la negación que del mismo *Estado de derecho* implica el concepto del derecho reinante (1), tiene que quedar tan salvadora idea en confusa indeterminación. El que esa confusión desaparezca en la teoría y en la práctica, es la obra difícil y lenta de la filosofía y de la educación nacional.

A estos elementos que rápidamente quedan enumerados, hay que añadir otro muy interesante, quizá el más característico de todos desde el punto de vista histórico; al menos es el que aparece en nuestros tiempos con una mayor generalidad en todos los pueblos y Estados europeos. Nos referimos al llamado *Principio de las nacionalidades*. Sin entrar aquí á determinar lo que por nación debe entenderse (2), pues para nuestro propósito basta importa poco el criterio que se adopte para resolver la complicadísima cuestión de las naciones, no puede desconocerse la influencia grande que en la concepción general del Estado ha tenido y tiene el hecho de las mismas. Por de pronto, supone la nación la afirmación de la existencia personal de la gran colectividad política. Basta fijarse en la aparición de las mismas al comienzo de la época contemporánea. Un historiador, Seeley (3), le anota perfectamente; al reseñar las campañas de Napoleón I advierte cómo el gran general, que había destruido con su estrategia los más formidables ejércitos y sometido á su capricho las principales Cortes europeas, tropezó violentamente al encontrarse con los pueblos mismos heridos en el sentimiento *pátrio*, ó sea *nacional*. Despertó este sentimiento primero quizá en España, luego en Prusia, más tarde en Rusia, y sabido es que las campañas que más costaron y que más debilitaron y riudieron á Napoleón fueron las que sostuvo en el primero y en el último de los países citados.

Ahora bien; ese sentimiento constituye á la larga uno de los elementos más dignos de estudio en la política contemporánea. En la nación se expresa la conciencia de los pueblos, que, sintiéndose dejados á sí propios, teniendo que esperar la salvación de su personal esfuerzo, porque el *Estado* de entonces, es decir, el Rey (y sus ejércitos), ó les ha abandonado, ó derrotado y maltrecho, se confunde con el pueblo mismo para salvar la patria amenazada. Si esta explosión de la independencia, si el grito unánime de las colectividades se hubiera reducido á eso, no tendría la importancia que al fin tuvo. Pero no quedó ahí el despertar de las naciones. A la vez que la protesta de Francia contra la Europa coligada y la de los pueblos europeos contra el gran conquistador, se produjeron en la filosofía las teorías políticas á que antes aludíamos, y por otra parte, más tarde se efectuaban cambios radicalísimos en los costumbres sociales, por virtud de los adelantos en las ciencias y las artes, y el comercio de ideas y de cosas se realizó á causa de esto con extremada facilidad,

(1) Acerca de esto se debate diferentes veces en las notas.

(2) Al fin de la obra, y en la nota (LVII) puede verse una noticia bibliográfica respecto de las *Nacionalidades*.

(3) *Courte histoire de Napoleon I.—Life and Times of Stein.*

y mediante él se hace posible la mayor rapidez en las relaciones humanas, estableciéndose así una mayor cohesión reflexiva entre los miembros de cada sociedad. Es decir, que aquella conciencia colectiva nacional, que en un momento extraordinario pudo despertar y darse cuenta de su existencia propia para salvar la vida de la colectividad, persistió en el tiempo; los pueblos ya no consintieron en ser súbditos, en ser objeto de conquista caprichosa exterior ó interior, y dejaron oír su voz en las Asambleas, escribieron su voluntad en las Constituciones, y llegado el caso demostraron la inseguridad de toda institución que en sus necesidades no se apoyara.

Significando todo eso la nación, y así la consideran desde Renán á Pi y Margall, desde Mancini hasta Novicow, en fin, todos, porque todos ven en ella una conciencia, un alma colectiva, algo como la expresión ideal en tiempo y circunstancias adecuadas de la unidad de sentimientos, de aspiraciones y de ideal de las grandes sociedades contemporáneas, ¿cómo ha de prescindirse del principio de las nacionalidades al hablar del Estado contemporáneo? Atendiendo á la vida de éste, la nación supone la existencia de un lazo íntimo entre los miembros de la sociedad política, originado por la comunidad de razas ó la efusión de razas distintas ó el predominio de aquellas más aptas en el perfeccionamiento, por la unidad de idiomas, ó al menos la existencia de un idioma, con el que se expresan los sentimientos más universales de la colectividad por el territorio, y, en fin, por la comunidad de intereses y la de cultura intelectual y moral. Lazo éste (nacional) del que tienen conciencia, más ó menos clara, los miembros que por él se cuentan unidos constituyendo la persona jurídica de la Nación. La Nación, por todo esto, expresa en nuestros tiempos la autonomía y autarquía de las grandes colectividades, es decir, el *Selfgovernment* interior y exterior. Por eso, siguiendo á Renán (1), afirmamos que un Soberano y un rebaño de súbditos no constituyen nación, y en tal sentido no lo fueron los grandes Imperios orientales ni podían serlo las monarquías puras de los siglos XVI, XVII y XVIII, por más que en su política de lucha exterior y en la imposición de la fuerza en la vida interior, preparan los pueblos que habían de ser más tarde las naciones europeas.

IV.

Con lo dicho, aunque á la ligera, quedan indicados los elementos de carácter esencialmente real ó histórico que pueden señalarse al investigar la noción del Estado. ¿Cuán lejos nos encontramos de la idea de un Estado patrimonial y de la confusión del mismo en una persona, á título de herencia ó de conquista! En el *Selfgovernment* no se concibe nada de esto. Con los derechos del hombre no es posible asignar al Estado un origen transcendental. Mediante la distinción del Estado y de la sociedad, queda destruida la omnipotencia del primero. Con la idea del *Rechtsstaat* se impone al poder político la ley; el Estado habrá de ser necesariamente constitucional (en amplio sentido). Y, en fin, con el principio de la nacionalidad se reconoce la existencia política de la

(1) *¿Qu'est ce qu'une Nation?*

personalidad moral de los pueblos constituidos en Estado y se impone un criterio al derecho transitorio (internacional) de los mismos, afirmando la autonomía de cada uno. Así, apareciendo hoy (y siempre) el Estado como un hecho necesario, como una aspiración constante de las sociedades, tiene ya un fundamento reconocidamente humano; es un fenómeno perfectamente natural, regido por leyes que no es preciso buscar fuera del mundo, sino que como orden de la realidad que es, en ella vive y por ella aparece condicionado. Si a pesar de todo esto aún la filosofía puede hacer no pocas observaciones á la idea del Estado, tal como en la actualidad se concibe, no hemos de detenernos aquí á exponerlas. Ese, en gran parte, es nuestro trabajo en las notas. Solo indicaremos: 1.º, que el Estado representativo actualmente, por la preponderancia del principio de las nacionalidades y la importancia histórica de las naciones mismas, tiende á confundirse con éstas hasta el punto de que se considere la Nación y el Estado como una misma cosa y se proclame como el ideal político de los pueblos la unión íntima de las dos ideas en una misma sociedad, sin tener en cuenta que la Nación, *sociedad* total ó completa, es por una parte más comprensiva que el Estado, pues abarca y realiza en su seno los fines todos del hombre, y el Estado sólo á uno de éstos (al jurídico) se refiere. La distinción entre sociedad y Estado acusa lo ilógico y falso de semejante confusión. La Nación tiene su Estado (el Estado nacional), porque es una persona jurídica que requiere para la ordenación de su vida el derecho. Por otra parte, la idea del Estado es más amplia que la de nación. No sólo ésta es Estado; pues además de los Estados que en la Historia aparecen sin el carácter de nacionales, atendiendo á la naturaleza del mismo, puede afirmarse que donde quiera que una sociedad exista con caracteres suficientes para ser considerada como una persona, es decir, como un ser capaz de derecho, con sentimiento y voluntad bastante para dar á sus actos cierta uniformidad y orden, allí hay un Estado (1); y 2.º, que merced al influjo de la escuela kantiana en la formación de la idea del derecho, que ha determinado el concepto reinante del mismo, existe también no pequeña confusión respecto de los límites de la acción del Estado, que además suele mirarse de una manera abstracta. Las discusiones inacabables del individualismo y del socialismo son una muestra de lo que indicamos. Precisamente son notables acerca de este punto las luminosas intuiciones del autor de este libro, que á fuerza de ver las cosas claras muchas veces (como advertimos á su tiempo en las notas), rompiendo con la idea reinante del derecho, considera el carácter profundamente ético del mismo, sobre todo en lo tocante á la cuestión del fin del Estado. Otras muchas observaciones podríamos hacer á este tenor. Pero, por las razones dichas, no insistimos sobre ellas.

V

Ahora bien; dada la existencia de las corrientes indicadas, no sólo en la teoría de la política, sino en las prácticas del Estado, la ciencia de este no puede menos (si ha de ser formada en vista de este objeto) de seguir derrote-

(1) Véase Krause, *Ideal de la humanidad* —Giner, *Principios de derecho natural*.

ros nuevos, diferentes en verdad de aquellos á que aludíamos al comienzo de este Estudio. Por de pronto, aparece clara y distintamente, como hace observar Holtzendorff, que la Política es una ciencia, no meramente un arte. Ni siquiera puede admitirse que es más arte que ciencia, como algunos escritores afirman. Puestas en su punto las cosas, determinado el concepto de la ciencia (conocimiento reflexivo de los objetos reales) y el del arte (ejercicio reflexivo de la actividad para realizar las ideas), la política, como el insigne autor de este libro demuestra, es, según el aspecto bajo el que se le considera, arte ó ciencia. En efecto, el Estado aparece ante nuestra consideración como *idea* y como *fin práctico*; es un objeto de la realidad sobre el cual podemos reflexionar, hacia el que podemos dirigir nuestras facultades para conocerlo, y además aparece como algo que es preciso realicemos, porque vivimos en el Estado, este no atañe, no es posible que cumplamos plenamente nuestro fin, ó, mejor dicho, no es posible que todas nuestras necesidades se satisfagan, sino viviendo en ese orden de la realidad que denominamos político y expresamos en la palabra Estado. Pues bien; según consideramos una y otra dirección de nuestra actividad, la política, es, ó *ciencia* (en el primer caso) ó *arte* (en el segundo). Dado esto, hace falta indicar ciertas consecuencias. Estas son que, aun cuando tratemos del arte político, de lo que *debe hacerse* en orden al Estado, siempre que no manifestemos nuestra actividad (reflexivamente) mediante actos (1), es decir, mientras no hagamos política efectivamente, no hemos salido de la esfera teórica, y, por tanto, de la ciencia; por esto hay una ciencia del arte político, como hay, por supuesto, un arte de la Ciencia política, que se refiere á la aplicación adecuada de nuestras facultades en la investigación, y luego en la exposición de los problemas del Estado.

Holtzendorff, al investigar en el primer libro de su obra este asunto, limita su indagación, de modo que á veces puede hacer caer en confusión y despertar dudas. Nace esta limitación, de una parte, del concepto que del *objeto* de la política tiene; y de la otra, del campo á que reduce su investigación en general. Respecto de lo primero, no hemos de hablar aquí; hemos considerado más oportuno hacerlo en las notas. Pero si creemos del caso hacer alguna observación acerca de lo demás. Notaránse en el cap. II ciertas dificultades que el autor vence merced á los grandes recursos de su talento) cuando trata de terminar los caracteres del arte político. En efecto, estudiando Holtzendorff la política práctica, encuentra desde luego que no á toda política práctica puede asignarse el carácter de artística. Por la índole misma del Estado, que no es *obra* de algunos; por la naturaleza misma de la política, que no constituye meramente la ocupación de los príncipes ó de los grandes hombres que al frente de los pueblos suelen figurar, se explica que no toda la política práctica puede considerarse como arte político. Prescindiendo de la política *rutinaria* de los funcionarios del Estado; prescindiendo de la política *oficial*, en la cual no se manifiesta la *acción* personal *iniciadora*, que el autor

(1) Esta teoría ha sido desarrollada con más detalles en los *Principios de derecho político*, Introducción (cap. V, de A. Posada.—(Veáanse más adelante las notas de las páginas 41, 42, y 45).

sabe calificar por admirable modo, la política se realiza prácticamente en una esfera amplísima, sin que tenga la nota característica del arte político, ni tampoco aparece como ocupación de los funcionarios del Estado. Para explicar esto basta recordar los elementos que hemos enumerado antes al indicar los rasgos del Estado contemporáneo. Basta atender, sobre todo, á la naturaleza racional del mismo. Así como no puede afirmarse que la *política teórica* está contenida en la ciencia, ya formada por medio de la reflexión (pues el conocimiento del Estado es general dentro de ciertas circunstancias), así no toda la política que se vive, que se hace, que se *práctica* reviste los caracteres de arte político. El Estado interesa a todos; todos vivimos y nos movemos en el Estado, porque todos vivimos y nos movemos en el derecho. Sin ser miembro de un Estado no se concibe el hombre social; pues bien; determinada la idea del Estado como la sociedad humana en un aspecto total, en el jurídico, todos los que forman una sociedad constituyen el Estado, lo viven y lo realizan. *Hacen política* en sentido lato. Porque todos tienen que de algún modo vivir, según el derecho declarado por el Estado, ya en forma de costumbre, ya en la de ley, y como el Estado, según esto, no puede considerarse reducido á la esfera de los gobernantes, ni á la de todas las órdenes de funcionarios públicos, pues éstos no son más que una representación específica del mismo, por ser aquél la sociedad constituida jurídicamente por el conjunto orgánico de todos sus miembros: el Estado es obra de todos, todos son *ciudadanos*, todos lo representan de una manera *espontánea*, todos *practican* la política.

Atendiendo á los caracteres distintivos de esta política práctica, por su *espontaneidad* al realizarse, por la falta de *cálculo* y *habilidad* en quien lo realiza, por la índole *irreflexiva* del conocimiento político que la preside, nos atreveríamos considerarla como política *vulgar*, ni más ni menos que denominamos conocimiento *vulgar* el que se posee de las cosas antes de considerarlas de aquella manera que la ciencia exige.

Claro es que no pueden determinarse de un modo fijo é indiscutible los límites propios de esta práctica política. Es difícil, según esto, señalar *a priori* en un Estado, la esfera de acción de la política vulgar en relación con el arte político. En el Estado moderno, sin embargo, hay momentos de la vida política que corresponden á grados diferentes, en los que aparece la distinta índole de la política práctica. Expresan esos momentos, después de todo, el desenvolvimiento efectivo y real del Estado, como obra todo él de la comunidad, y en cada uno de ellos se puede ir notando la realización práctica de la política desde su forma más espontánea é irreflexiva hasta su forma más calculada, habilidosa y artística. El hacer de la política diaria en que intervienen todos miembros de un Estado, por el hecho mismo de ser miembro, el hacer político, del que suele llamarse con relación á los partidos elemento *neutro*, constituye el primer grado de la política práctica. Es superior á este, porque supone cierta reflexión y madurez, cierto cálculo, el que podríamos señalar en los actos de participación intencionada de los ciudadanos en cualquier manifestación política dada, como la asistencia á *meetings*, la constitución de asociaciones. Superior á éste es el acto del *sfragio* y la política realizada por los *partidos*, y, en fin, superior y de un grado más elevado y reflexivo es ya

la política oficial de los funcionarios todos, diputados, ministros, etc., etc., es decir, la de aquellos que toman la política como ocupación proferente de su vida por vocación y aptitud, y la realizan en buenos medios; apareciendo sobre todos el hombre de Estado como el génio director del arte político en la alta esfera, donde es cualidad indispensable la iniciativa calculada y eficaz.

A. POSADA

A. BUYLLA.





A los primeros frutos de mi jardín

(Oda de A. Chenic.)

Précurseurs de l' automne. ó fruits nés d' une terre.»

Présagos del Otoño, oh frutos hijos
De un suelo, donde el arte habilidoso,
Sabe fingir, bajo techumbres vítreas,
Los ardores del sol del mediodía;
Id à buscar à Fanny, à aquella madre
Timida, y devolved la fuerza y brillo
A su dulce hija, flor tardía y débil.

No acecha, no, à su infancia grave daño;
Pero del pecho maternal la tierna
Ansia no aguarda el daño, previsor
Y Fanny, ya, por el destino herida,
Suspica, y ocupada mucho tiempo
En su pérdida, teme su potencia.

Tan pronta alarma alejará el estío.
Debemos todos, al nacer, tributo
De lágrimas. Las suyas à los dioses
Han satisfecho ya, y en gran manera.
Su belleza, virtud, sus gracias propias
No, no, no armaron de envidiosos dioses
La ira, cual sucede en los mortales.

Pronto cual ella hermosa, cuando vuelva
Erígona, la niña, tierno vástago
De Pomona animar va aquella frente
Que el Boreas ultrajara con su aliento.
¡Oh cielos! conservadla, conservadla;
Que jamás el dolor, ni aun leve cuita
Se aproximen de Fanny al tierno pecho.

—
¡Ah! pero existe el tiempo todavía
Del amor y la gloria, que de Polux
Y Alcestes ha guardado la memoria,
Cuando á Pluton calmaba pio cambio!
Cuando las tres hermanas se ablandaban,
Y al precio de la vida, otra más dulce
De su voraz tijera redimiase!

—
¡Oh si! quisiera entonces, que ya pronta
La Parca, amable niña, se acercase
A amenazar tu sien, para ponerme
En tu lugar y defender tus dias:
Y ver rota mi trama encadenada
A la tuya, y á Fanny confesarse
Por mí dichosa y con mi amor altiva.

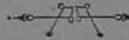
—
Agitaría alguna vez mi tumba
Su pensamiento, y á su hija opresa
En sus brazos alguna vez diñale,
Tal vez llorosa, cabe mí pasando:
—«Este, de quien yo fui tan adorada
Gozó en morir, pensando que tu madre
Por tí no vertería triste lloro.»

V. SUAREZ CAPALLEJA.





Crónica local.



Elecciones provinciales.

En las últimas verificadas, para la renovación parcial de la Diputación provincial, han obtenido mayoría, en la capital, el liberal D. Alvaro Elio y Meneos y los tradicionalistas, D. Benito Guinea, D. Tomás Salazar y don Nicasio Fernandez Palomares. La elección de este último está pendiente de protesta.

Este resultado ha sido debido á la division de los elementos liberales diferencia de candidaturas extrañas á la acordada por el comité y al retraimiento de muchos electores liberales que no han acudido á las urnas.

Guerra de la Capital, donde ha habido union y deligencia el triunfo de los liberales ha sido completo.

Sirva esto de leccion.

La Tombola.

Con objeto de allegar recursos para ampliar el edificio del *asilo de ancianos* de las Hermanitas de los pobres y acoger mayor número de estos, varias distinguidas señoras y señoritas de Vitoria, secundadas por jóvenes y ca-

balleros tan galantes como caritativos, iniciaron una *Tómbola* ó rifa, en una bonita caseta que se estableció en el paseo de la Florida, en la cual figuraban infinitos objetos, algunos de valor y mérito donados por varios particulares y corporaciones. El resultado ha sido todo lo satisfactorio que se esperaba, habiéndose entregado à las Hermanitas, por la Sra. D.^a Trinidad Bustamante de Zabala, una respetable cantidad, producto de la rifa, obtenida en muy pocos días, lo cual habla muy alto en favor de la caridad del pueblo vitoriano, al que felicitamos, así como à las dignísimas personas que iniciaron tan plausible idea.

Espectáculos.

El sábado 29 dió comienzo à sus tareas, en nuestro Teatro la Compañía cómica de D. Juan Colom, cuyos artistas son ya conocidos ventajosamente del público vitoriano. En el corto número de representaciones que se propone dar, hará conocer algunas de las obras más aplaudidas y recientemente estrenadas en los teatros de Madrid y lo más escogido de su variado repertorio.

Para más adelante se espera otra compañía, cómica lírica, que actuarà todo el invierno, hasta Carnaval, con lo que podemos esperar que las eternas noches de la estación más triste del año, se pasen de una manera agradable.

La juventud tiene, por su parte un gran recurso contra el aburrimiento, en el baile *La Danza*, que se inauguró el Domingo 30, en el Salon Mercantil y que cuenta ya con un número considerable de socios. Los bailes de *La Lira* y *Salon Artístico* tambien han abierto sus puertas y es de esperar se vean muy concurridos.

Publicaciones.

Se ha publicado la *Biografía de D. Ramon Ortiz de Zárate*, escrita, con abundancia de datos, por el conocido profesor y publicista, D. Eulogio Serdan, con un prólogo de D. Fermin Herran, y á la que acompaña un retrato fotográfico del biografiado.

La circunstancia de ser el autor y el prologuista, respectivamente, colaborador y Director de esta publicacion nos impide hacer el elogio á que son acreedores. La prensa local y la regional se ha ocupado ya muy favorablemente de la obra y esto es bastante.

PASCUAL LOPEZ.

